



www.loqueleo.com/es

© 2014, María Isabel Molina

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-051-0

Depósito legal: M-37.907-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: octubre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Trampa para un pintor

María Isabel Molina

Ilustración de cubierta de Juan Ramón Alonso

loqueleg

*A mi hermana Pilar. Sin su estupenda ayuda,
no se hubiese podido escribir este libro.
Gracias.*

Introducción

9

Pedro de Segovia, vecino de esa ciudad de Toledo, comerciante de paños, casado con María Díez, como padre de Alonso de Segovia, mi hijo de quince años de edad, otorgo que pongo a mi dicho hijo Alonso al servicio de Doménico Theotocópuli, el griego, pintor, para que sirva a él y a su casa en todo lo que le mandare, por tiempo de cinco años en los que le ha de dar mantenimiento de comer y beber y cama con ropa limpia, sin que le deba vestir ni otra cosa más. Que durante dicho tiempo lo ha de enseñar su oficio de pintar según él lo sabe, sin que le encubra cosa alguna, a juicio de maestros que dicho oficio sepan. Y al fin de dichos cinco años le ha de pagar como oficial de dicho oficio. Doménico Theotocópuli, que está presente, acepta esta escritura y recibe a servicio al dicho Alonso de Segovia, en la ciudad de Toledo a quince días del mes de abril de mil seiscientos dos. Testigos: Gabriel Fernández y Cristóbal Rojas, vecinos de Toledo.

Firmas: Pedro de Segovia y Doménico Theotocópuli

Habían pasado cuatro años desde el contrato. Cuando se firmó, los quince años de Alonso ya eran muchos para entrar como aprendiz en el taller de un pintor, pero Pedro de Segovia, su padre, había tardado tiempo en abandonar la esperanza de interesar a su tercer hijo, tan bueno con los números, en la contabilidad de su comercio de tejidos en el que estaba muy acreditado y que le daba suficientes beneficios para llevar una vida cómoda en una buena casa con su mujer y sus cinco hijos. Pero Alonso solo soñaba con pintar y se olvidaba de las sumas para dibujar manos y rostros en los caros pliegos de los libros de cuentas.

Todos los anocheceres del primer año de aprendizaje, Alonso de Segovia había pasado la dura escoba de palma por el suelo del taller, había recogido el polvo y los desperdicios y los había llevado al barril de

la basura, y todos los amaneceres, verano e invierno, antes de desayunar las gachas de harina de almortas o las sopas de vino aguado caliente, había acarreado agua desde el pozo del patio hasta la cocina. Y durante todo el día había cargado con paquetes, relleno el botijo y la bota de vino del taller, limpiado las brochas y los pinceles y molido la tierra de Venecia, el albayalde, el bermellón, el cardenillo o el lapislázuli (con una máscara de trapo en la boca, para que un inesperado estornudo no dispersase los valiosos polvos) hasta que le sangraban las palmas de las manos por el roce de la pesada mano del almirez, el mortero metálico con el que trabajaban en el taller.

Solo después de un año le habían permitido mezclar el pigmento con los aceites; solo después de dos años, Francisco Preboste, que organizaba el trabajo del taller, le había autorizado a aplicar el fondo sobre los lienzos y hacía seis meses que ya podía pintar en los cuadros cielos y nubes, libros y otros objetos y copiar esas manos que le obsesionaban y que años antes dejaba dibujadas en los márgenes de los libros de cuentas de su padre.

En esos cuatro años había dejado de ser un muchacho tranquilo, bajo y regordete, de pelo cobrizo

y piel salpicada de pecas, para convertirse en un joven de buena estatura y que aparentaba ser tan ancho como alto. Los otros aprendices le llamaban el Rojo, por el color de su pelo, y le respetaban por su fuerza.

—¿Falta mucho?

Alonso el Rojo volvió la cabeza hacia Tomás, que caminaba dos pasos detrás empujando una carretilla. Tomás tenía trece años, estaba en su primer año de aprendiz y era bajito, delgado y muy travieso. Los otros dos compañeros del taller le conocían por Tomasillo y casi desaparecía dentro de una capa que le llegaba hasta los pies, mientras que un gorro de lana con orejeras demasiado grande le cubría la cabeza y solo dejaba asomar la punta de la nariz, colorada de frío.

—No está lejos. No hemos caminado ni diez minutos.

—Esta carretilla pesa mucho.

—¡Pero si es muy pequeña!

—¡Porque no la llevas tú!

—Ya la llevé antes que tú; además, no protestes ahora, déjalo para luego que, cuando carguemos el lienzo, pesará más.

Alonso continuó su marcha; recordó que, cuando él llevaba la carretilla detrás de Luis Tristán, tenía dos años más que el pequeño Tomás y..., además, él nunca había sido tan pequeño.

14 Se tuvo que detener dos veces más para dar lugar a que el chico le alcanzase y no se perdiera por el camino. Cuando llegó a la puerta del negocio de telas de su padre, Tomasillo estaba pálido y resoplaba como si fuera a ahogarse.

—¿Has entrado en calor?

No pudo responder de la fatiga. Alonso el Rojo rompió a reír.

—Siéntate un rato a la puerta.

Entró en el amplio zaguán que comunicaba con la sala en que se amontonaban las mercancías.

—¡Con Dios, Alonso! —saludó uno de los dependientes—. ¿Vienes a llevarte los lienzos de tu maestro?

—Buenos días, Mateo —respondió Alonso—. ¿Están listos?

El dependiente hizo un gesto con la cabeza hacia uno de los estantes situados detrás del mostrador, en el que se apilaban telas de todos los colores.

—Ahí están. ¿Has traído carreta para llevarlos? Pesan como un muerto.

El dependiente tomó un rollo de lienzo color hueso, lo envolvió en una tela de saco y se lo echó al hombro. Alonso firmó el recibo, se despidió de los hombres que se afanaban en colocar las distintas telas y encabezó la marcha hacia la calle.

Tomasillo se levantó al verlos llegar y Mateo descargó el rollo sobre la carretilla, de la que se levantó una pequeña nube de polvo.

—No sé qué tiene tu maestro en contra de los buenos lienzos castellanos. ¿Por qué tiene que encargarlos a Italia?

—Son de grano más fino, de mejor calidad, Mateo. Y ya sabes que el Greco solo trabaja con lo mejor.

—¿Y para qué quiere tanta tela?

Alonso se echó a reír.

—¿Para qué crees? ¡Para pintar! Tiene muchos encargos.

Tomasillo agarró las varas de la carretilla y la levantó. La carretilla se tambaleó sobre su única rueda y no avanzó nada.

Alonso sujetó la carretilla.

—¡Ten cuidado! ¿Quieres que el lienzo termine en el suelo?

El chico se encogió sin decir nada, como si temiese que le fuesen a pegar.

Alonso dijo:

—¡Trae! Llevaré yo la carretilla, pero no se te ocurra contárselo a nadie. Todos se iban a reír de mí, por ayudar a un novato.

16 Levantó la carretilla. Efectivamente, pesaba y había que hacer muchos esfuerzos para empujarla. Demasiados.

La dejó otra vez en el suelo y se agachó para mirar la rueda de madera de anchos radios. La hizo avanzar un poco hacia delante y hacia atrás y luego se arrodilló y sacó de la unión del eje una pequeña cuña de madera de las que empleaban para ajustar los marcos de los cuadros.

Se levantó del suelo con la cuña en la palma de la mano.

—¡Mira lo que tenía en el eje! La llevabas frenada...

—¿De dónde ha salido eso? —Los ojos de Tomás parecían llenarle toda la cara.

—¡Del eje de la rueda, bobo!

—¿Quién la ha puesto ahí?

Alonso soltó la risa.

—Alguno de los chicos del taller.

—¡Les voy a dar...! Rojo, te juro que en cuanto volvamos...

Alonso le sujetó del brazo.

—¡Eh, escucha! Eres el aprendiz nuevo, el novato y vas a tener que vivir con los chicos cuatro o cinco años. No te conviene pelear. A todos nos han gastado bromas y nos han puesto zancadillas, durante los primeros años y también los posteriores. Hay que vigilar y hacerse respetar. Mejor usar la inteligencia que los puños, porque además —abarcó de una mirada la pequeña figura de Tomás— tú no tienes mucha fuerza y, en una pelea, cualquiera de los chicos te romperá la nariz de un puñetazo. Y el maestro o Francisco Preboste te echarán del taller por pendenciero.

Le sacudió blandamente.

—¿O es que tú no quieres ser pintor?

Tomasillo pareció desaparecer en la capa.

—Bueno..., sí. Me gusta el dibujo y, además, es un oficio en el que no hay que hacer fuerza. Mi padre es herrero y me quería en su taller, pero yo soy pequeño y no puedo ni colocar los mazos. Si mi padre hubiese sido comerciante de telas como el tuyo, tal vez no hubiera ido al taller de un pintor.

Alonso levantó la carretilla; ahora, sin trabas, el eje, bien engrasado, iba bien y la carretilla se deslizaba suavemente.

—¡Vamos!

18 La mañana estaba clara y fría. Aunque el invierno ya iba vencido, todavía se helaba el agua por las mañanas. A Alonso se le enrojecían las manos que sujetaban las varas de la carretilla. El sol, en un cielo muy azul y sin nubes, pintaba claroscurros en las esquinas.

—Mira, Tomás, la pintura es el arte de la luz; es conseguir capturar las formas, los rostros y las emociones con pinceladas de color, con luces y sombras, hacerlas vivir en un pedazo de lienzo. Y para aprender ese arte, para saber cómo hay que pintar la alegría, la pena o el miedo, estamos con uno de los mejores maestros, si no el mejor. Hay que aprovechar el tiempo.

Callaron un momento. El paso rápido de Alonso hacía que Tomás corriese a su lado.

A una manzana de la casa, Alonso dejó la carretilla.

—Ahora cógela tú. Y no digas nada a los otros, ni te muestres enfadado; a esos bromistas les que-

dará la duda de si se cayó la cuña de freno o tal vez revisaste la carretilla para ver si estaba bien, como, por otra parte, debías haber hecho, y la retiraste tú.

Estiró los brazos, se frotó las manos heladas y se colocó los puños y la capa. Luego pegó un empujón en el hombro al chico.

—Y si quieres un consejo, vigila la escoba con la que barres, el pigmento que mueles, la comida que comes, la cama en que duermes y los pasos que das. Te aguarda un año de bromas.

Tomasillo levantó la carretilla; se tambaleó un momento, pero pudo dominarla y la empujó hacia la puerta de la casa.

Alonso repitió:

—Recuerda, ni una palabra a nadie de que la he traído yo.